

INTRODUCCIÓN. LAS SIETE VIDAS DE LAS COSAS. LAS FUNCIONES
DEL REEMPLEO, EL RECICLAJE Y LA REUTILIZACIÓN EN LA EDAD MEDIA

*INTRODUCTION. THE SEVEN LIVES OF THINGS. FUNCTIONS OF REUSE,
RECYCLING AND REUTILIZATION IN MIDDLE AGES*

A finales del año pasado, 2021, las cadenas de televisión y las redes sociales ofrecían, entre sorprendidas y horrorizadas, imágenes de enormes montañas de ropa usada que se acumulaban en uno de los lugares más recónditos del mundo: el desierto de Atacama, al norte de Chile. Más de trescientas hectáreas cubiertas por una gran malla multicolor formada por todo aquello que desechan las economías del “primer mundo”, y cuyos materiales, especialmente el poliéster, derivado del petróleo, genera una contaminación dañina y duradera que afecta muy negativamente al medio ambiente, recordaban, de forma sangrante, lo muy limitada que es todavía hoy la política de reciclaje en nuestro planeta. Porque, a pesar de que a estas alturas la sostenibilidad y las preocupaciones ecológicas se han convertido en una especie de mantra en los discursos políticos, el sistema capitalista no parece en el fondo demasiado sensible a estas exigencias. La “solución” preferida para dar salida a los desechos que genera una economía “lineal”, la de producir-vender-usar-tirar, parece seguir siendo que los más pobres asuman los excedentes del consumo de los más ricos prestando sus países como vertedero.

La alternativa, según algunos teóricos, sería convertir esa economía “lineal” en “circular”, un concepto que, aunque existen algunos antecedentes, comenzó a tomar forma a finales de la década de 1980¹ y que básicamente consiste en transformar el proceso productivo para que las manufacturas, al final de su vida útil, vuelvan a convertirse en recursos, con el objetivo fundamental de respetar el medio ambiente y disminuir el ritmo de explotación de las materias primas. Se trataría por tanto de alargar la vida de los objetos al máximo y que estos generasen los menos residuos posibles a través de un circuito continuo de reutilización y reciclaje. Como paradigma y, de alguna forma, “plan de salvamento” para la Humanidad, la “economía circular”, puede

¹ Boulding 1966; Pearce, Turner 1989.

parecer novedosa², pero buena parte de su esencia constituye, en gran medida, una vuelta al pasado, a esas épocas anteriores a la Revolución Industrial y a la invasión del plástico en las que la necesidad de convivir con una naturaleza aún dominante llevó a los colectivos humanos a desarrollar estrategias de supervivencia que eran, a la fuerza, mucho más respetuosas con ella. Desde luego, es cierto que aplicar la etiqueta de “economía circular” a las realidades medievales puede parecer un grave anacronismo, porque nunca existió en aquellos momentos un horizonte teórico comparable, pero creemos que este pequeño –o gran– desliz léxico puede servir como puente para conectar pasado y presente recordando, una vez más, que la Historia siempre se construye a partir de las inquietudes y la mentalidad de los historiadores que la escriben.

Nadie duda de que el mundo de hace entre quinientos y mil años era bastante distinto al actual. En aquellos tiempos en que la producción masiva de objetos de uso y consumo era aún impensable, proporcionar una “segunda vida” a las cosas no era una alternativa: era una necesidad. Pero, además, en algunos casos existía también un culto reverencial hacia los objetos del pasado, de manera que la reutilización y el reciclaje eran realidades inherentes a las sociedades medievales, a menudo directamente relacionadas con su concepto de “herencia” y con su propia identidad. De esa forma, el tema del reemplazo de las piezas antiguas ha sido ya abordado desde hace tiempo por los historiadores del arte y la arquitectura, centrándose sobre todo en el aprovechamiento de obras de la Antigüedad Clásica como auténtica cantera para la realización de otras nuevas –la construcción del Vaticano renacentista con mármoles del Coliseo siempre ha sido paradigmática en este caso–, pero también en el uso selectivo de algunas de aquellas piezas con un relevante valor simbólico y estético para enlazar así culturalmente pasado y presente. Autores como Francis Haskell pusieron el acento, ya al final de los años 80 del siglo pasado, en esa dialéctica entre épocas que suponía asignar un nuevo valor a piezas “clásicas” al resituirlas en un contexto cultural diferente³.

En la Europa medieval el respeto reverencial al pasado romano constituía en sí mismo un rasgo de la cultura de aquel tiempo, aunque las formas en que ese respeto se materializó pudieron variar de un caso a otro. La visión de lo romano como algo inherentemente superior hizo que casi cualquier pieza de aquella época se convirtiese en una referencia simbólica muy importante. Una estatua, un capitel o un simple camafeo, adquirirían la categoría de joya

² Paradigma que ya ha recibido también algunas críticas, sobre todo por su tendencia ideológica, aparentemente “despolitizada”, que pone el acento solo en aspectos técnicos y económicos, pero no tiene en cuenta las controversias sociales y políticas que el proceso conlleva (Corvellec, Stowell, Johansson 2022).

³ Haskell 1989.

o reliquia cultural solo por el hecho de remontarse a la civilización latina, y existen casos significativos en los que una pieza romana se extrajo de su contexto original y se convirtió en un patrón de referencia para la sociedad medieval en otro campo completamente diferente. Puede servir como ejemplo la *barcella* de Valencia, un bloque de caliza en forma de *tabula ansata* con inscripciones epigráficas dedicatorias que, en la Baja Edad Media, se insertó en la pared del palacio episcopal de esa ciudad para que su tamaño sirviera como modelo a seguir para las medidas de trigo que se utilizaban en el vecino depósito del Almodín⁴.

Por el contrario, los vestigios materiales de otros episodios del pasado podían verse cargados de connotaciones más ambivalentes. Lo observamos, especialmente en el caso de la Península Ibérica, con la reutilización de objetos o restos de la civilización islámica. Se mezclaban en ese caso la admiración por lo exótico y por el trabajo artesanal bien hecho con un cierto sentimiento de superioridad, de humillación incluso del vencido en algunos ejemplos, cuando piezas espoliadas de antiguas mezquitas sirvieron para decorar los arcos o las paredes de las iglesias, aunque en principio parecieran contradecir los mensajes cristianos en su nuevo contexto⁵. Pero, en realidad, lo musulmán se ofrecía solo a la vista del público en tanto se considerase desprovisto de mensajes de resistencia, y se hubiera convertido en un mero detalle decorativo, como ocurre en muchos ejemplos de la llamada, no sin muchos recelos actualmente, “arquitectura mudéjar”⁶. En los reinos hispánicos, de hecho, las piezas u objetos del arte islámico no constituían simplemente un exotismo, como pudiera suceder en otras regiones de Europa, sino que a menudo se convertían en una especie de trofeo, un recuerdo de la victoria sobre los “infiel” utilizado de forma plenamente consciente como elemento de propaganda del poder político o religioso⁷.

Sin embargo, una buena parte de la “economía circular” medieval tenía mucho más de eso, de motivaciones meramente económicas, que propiamente culturales o simbólicas. No debemos olvidar que la mejor cal de la Edad Media se obtenía en muchas ciudades pulverizando estatuas romanas, y que la mayor motivación para el reaprovechamiento de edificios antiguos era su cercanía, el trabajo que ahorraban al no tener que dirigirse a lejanas canteras para extraer nuevos bloques de piedra y aún tener que devastarlos, labrarlos y

⁴ Sobre la visión de inscripciones como esta y su importancia en los cronistas valencianos de la Edad Moderna, Arciniega 2013.

⁵ Kinney 2006; Serra Desfilis 2013.

⁶ Entre los defensores de la vigencia del término podemos citar a José Gómez Galán (2017). Entre sus críticos destacaba Juan Carlos Ruiz Souza (2009).

⁷ Shalem 1995, 1998.

elesvarlos a su nueva ubicación⁸. De la misma manera, dentro de ese proceso continuado de reaprovechamiento de piezas y objetos usados, en todos los ámbitos, y ya no solo en el de la arquitectura, primó también la necesidad elemental de expresar la utilidad de aquellos bienes mientras aún pudieran rendir algún servicio. El sentido de lo “antiguo” en todo caso comenzó a separarse de lo “viejo”, dos conceptos que llegarán a ser casi opuestos en nuestra mentalidad actual, la cual ve con admiración lo antiguo pero rechaza de plano lo viejo. Con todo, siempre es discutible cuáles son los límites que separan los dos conceptos y quién decide dónde se halla la frontera entre ambos, más cuando uno de los adjetivos “positivos” más en boga actualmente, tanto en el campo de la indumentaria como en el de la decoración, es el de *vintage*⁹.

Los hombres y mujeres de la Edad Media, no obstante, parecían distinguir muy claramente ambos calificativos a la hora de describir los objetos que encontraban en una casa después de la muerte de su propietario, y sabían del diferente valor de mercado que esos bienes iban a alcanzar cuando se sacaran a subasta en la plaza pública para conseguir dinero en metálico con el que pagar el entierro. La experiencia de los especialistas en el mercado de segundo mano, como los corredores, los notarios e incluso algunos oficios que vivían básicamente de él, sobre todo los ropavejeros –*pellers* en catalán, *pelhers* en occitano, *fripriers* en francés, *rigattieri* en italiano, *clothes brokers* en inglés– permitía el establecimiento de unos precios considerados justos para cada uno de aquellos objetos, en cuya fijación intervenían factores como su estado de conservación o las posibilidades de reutilización, ya fuera del bien en sí mismo o de los materiales que lo componían¹⁰.

Ese mercado de lo usado, que alargaba la vida de las cosas, no cargaba con las connotaciones un tanto infamantes que se le fueron añadiendo después, cuando a los lugares en los que se concentraba comenzaron a llamarlos “mercados de pulgas”, por los parásitos que habitaban muchas de las prendas que allí se ponían a la venta. En los siglos finales de la Edad Media personas de todos los estratos sociales recurrían a la segunda mano para mejorar su ajuar, renovar su entorno doméstico o conseguir herramientas para su oficio a buen precio. Sería necesario, no obstante, delimitar el alcance geográfico de estos mercados de lo usado, y parece bastante claro, por lo estudiado hasta ahora, que su funcionamiento estuvo especialmente ligado a los entornos urbanos, en los que no solamente se concentraba un mayor número potencial de clientes, sino donde un cierto anonimato hacía más fácil que los objetos cambiaran de dueño sin que se les asociara con su anterior poseedor, difunto

⁸ Bernard, Bernardi, Exposito 2008.

⁹ Welch 2006.

¹⁰ Davis 2010; Smail 2016; García Marsilla 2016; Meneghin 2020.

o, lo que era peor para la “reputación” del bien, embargado por deudas. Porque, como se ha sugerido en alguna ocasión, esas cosas, en la mentalidad medieval, tenían su propia “biografía”, labrada a partir de las relaciones sociales que se establecían en torno a ellas, y a lo que se ha llamado el “contexto sistémico”, compuesto por las actividades, a menudo cambiantes, en que ese objeto participó durante su “vida”¹¹. Lo cierto es que el alargamiento de esa vida, cuando la producción de nuevas manufacturas era aún limitada, se acabó convirtiendo en indispensable para las sociedades preindustriales. Gracias a la presencia duradera de esos elementos materiales, muchos de los cuales se mantenían en uso durante generaciones, aunque no necesariamente en el mismo entorno familiar, una buena parte de la población pudo gozar de un cierto nivel de confort y de consumo, ya que con los precios más bajos del mercado de ocasión se podía mantener con mayor facilidad el siempre difícil equilibrio de los “presupuestos” domésticos¹².

Algunas de aquellas piezas, sin embargo, no era reaprovechadas en su totalidad, sino convenientemente recicladas para volver a utilizar sus componentes. El mercado de los metales constituye un buen ejemplo de esto incluso hasta la actualidad, y los chatarreros, oficio también frecuente en los siglos medievales con diferentes nombres, se convirtieron en importantes proveedores de materias primas para los fabricantes de todo tipo de herramientas o armas, aunque sus negocios se encontraron siempre más bien en el ámbito del mercado informal y, no pocas veces, ilegal, lo que en algunos casos no ha cambiado demasiado en nuestros días¹³. Los mismos mercaderes de telas usadas también participaban en ese proceso de “deconstrucción y reconstrucción” de las prendas, que les llevaría con frecuencia a disputas con los protagonistas del comercio de lo nuevo, y sobre todo con los sastres, que trataron de delimitar sus competencias en un litigio casi continuo por controlar el mercado de la ropa¹⁴. El nivel de riqueza y de integración social de estos ropavejeros fue sin embargo muy superior al de los revendedores de metal, y nos habla de las múltiples caras de este mercado de lo usado, que abarcaba desde las expresiones más “respetables” y rentables a actividades relacionadas con lo delictivo, como el mundo de los peristas y del comercio de los bienes robados.

El mercado de segunda mano, con todo, no era marginal en el sentido que ahora le otorgamos a esa palabra, aunque es cierto que en ocasiones se podían asociar a él sectores de la población más o menos estigmatizados. En muchas ciudades, por ejemplo, miembros de la minoría judía jugaron un papel

¹¹ Appadurai 1986; Schiffer 1972; Smail, Pizzorno, Hay 2019.

¹² Fontaine 2008; Staples 2015.

¹³ Faus 2019.

¹⁴ García Marsilla 2016.

muy importante como corredores o revendedores y, sobre todo, una parte significativa de los bienes usados que salían a la venta habían sido previamente prendas en depósito de créditos otorgados por prestamistas de esa religión¹⁵. Una de las obsesiones de las autoridades municipales fue de hecho excluir a los hebreos de estos intercambios, de manera que algunas ciudades llegaron a vetar directamente su concurso en las almonedas, como hizo Barcelona en 1461, incluyendo hasta a aquellos judíos que se habían convertido al cristianismo¹⁶. Por su parte, las órdenes mendicantes, y especialmente los franciscanos, crearon instituciones de “crédito caritativo”, como los Montes de Piedad en Italia o las Arcas de Misericordia en Castilla, para ofrecer una alternativa a los deudores del préstamo judío, interviniendo de una forma muy activa en el mercado de ocasión¹⁷. Aun así, en algunas ciudades italianas, como Venecia, la inmigración de judíos sefardíes desde la Península Ibérica a consecuencia de su expulsión por los Reyes Católicos en 1492, llevó a un auge de los *rigattieri* hebreos a principios del siglo XVI¹⁸.

También la activa participación de las mujeres en el comercio de objetos usados podría considerarse, en la mentalidad de los siglos finales de la Edad Media, como un rasgo de marginalidad, o más bien de informalidad. Al menos hasta mediados del siglo XIV las mujeres ropavejeras se encontraban con cierta asiduidad en las subastas y en otros mercados de ocasión por todas las ciudades de Europa, y algunas actuaciones necesarias en los bienes a revender, y especialmente en las ropas, como lavarlas o remendarlas, les estaban reservadas prácticamente en exclusiva¹⁹. Esas funciones subsidiarias se mantuvieron en la larga duración, pero su papel protagonista en este mercado fue decreciendo a medida que este se iba formalizando, por más que nunca llegó a desaparecer y es muy probable que se mantuviera en buena medida oculto tras la legalidad corporativa. Porque la creación de gremios que agrupaban a los oficios relacionados con la reventa de ropas, que en Venecia, por ejemplo, se remonta a 1233, en Florencia es anterior a 1291, en Brujas data de 1297, en Gante de 1302 o en Valencia de 1329²⁰, parece que fue acompañada de un retroceso de las mujeres, pero nunca de su desaparición completa, ya que en Gante en el siglo XVII aún constituían el 7 % de los miembros de la *gilde* de los ropavejeros y contemporáneamente, en Venecia, las mujeres seguían figurando como parte de la corporación, aunque es cierto que solo 2 de 111 registradas llegaron al grado de maestras²¹.

¹⁵ Todeschini 2018; García Marsilla 2012.

¹⁶ Vela 2015.

¹⁷ Muzzarelli 2001; Castaño 2007.

¹⁸ Allerston 1996.

¹⁹ García Marsilla, Navarro, Vela 2015.

²⁰ Allerston 1996; Meneghin 2015; Deceulaer 2008; Martínez Vinat 2018.

²¹ Deceulaer 2008, p. 17; Allerston 1996, p. 186.

En la Edad Moderna, de hecho, los mercados de segunda mano se mantuvieron incluso en expansión hasta el siglo XVIII, aunque su importancia pudo variar en función de los distintos objetos usados convertidos en mercancías. Se ha relacionado su decadencia con la tan pregonada “revolución del consumo” y con la aparición de nuevos hábitos más empeñados en lo nuevo, que impulsarían los grandes cambios en el sistema productivo a partir del Setecientos. Ahora bien, ni esos cambios fueron universales para toda clase de objetos, ni mucho menos la capacidad económica de todos los sectores sociales se vio precisamente reforzada en aquellos tiempos, en los que una buena parte de la población sufrió un proceso acelerado de proletarización que llevó aparejado un descenso de su capacidad de consumo. De esa manera, el hambre hizo que se prolongara mucho más la reutilización y el recurso a los bienes de segunda mano, por más que el mercado de lo usado fuera perdiendo reputación²². Las ciudades europeas y americanas del siglo XIX y buena parte del XX fueron todavía el escenario de actuación de numerosos *lañadores*, dedicados a reparar y recomponer cacharros de loza, de zapateros *remendones*, de *afileadores*, de *zurcidoras*, de *quincalleros* o de *traperos*, entre otros muchos oficios dedicados a hacer perdurar unos objetos para los que no se había concebido aún la famosa “obsolescencia programada”. El desprestigio de todos esos oficios en los países de lo que ahora se llama el “Norte Global” tuvo mucho que ver con las posibilidades que la producción en cadena comenzó a poner al alcance del gran público sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial y con el desarrollismo de las décadas de 1950 y 1960, que además coincidió con la popularización de derivados del petróleo como el plástico o las fibras sintéticas. Remendar una pieza de ropa o reparar un mueble maltrecho comenzó ya entonces a verse como un síntoma de miseria que era necesario ocultar.

Todo ello llevó a una carrera consumista que dejó totalmente de lado el valor intrínseco y duradero de las cosas, salvo para aquellas piezas, como se ha comentado, que fueron distinguidas con la etiqueta de “antigüedades”. Las tendencias fuertemente *esnobistas* de las últimas décadas han hecho, sin embargo, y de forma un tanto sorprendente, que rebuscar entre telas viejas vuelva a tener un cierto *glamour*, sobre todo si se ha tenido primero que volar hasta Londres o París para hacerlo en los mercadillos de Portobello o Raspail²³. El mercado de ocasión vuelve pues a tener muchas caras, como las tenía en la Edad Media, cuando cada persona que se acercaba a él, para comprar o para vender, lo hacía por motivaciones muy distintas y con diferentes bagajes de información, aunque en esto último las transacciones por internet y las multi-

²² Van Damme, Vermoesen 2009.

²³ Guiot, Roux 2010; Franklin 2011; Steffen 2017.

nacionales del *cash-converter* proporcionen hoy una cierta ilusión de control sobre lo que se compra.

Estamos, no obstante, muy lejos aún de vivir en una perfecta economía circular. El volumen de los desechos, como ya se ha dicho, sigue excediendo con mucho la capacidad de asimilación de los mismos por parte de las industrias, y algunas ONG denuncian constantemente la publicidad engañosa de empresas que afirman que sus productos son 100 % reciclables cuando a menudo no lo son en más de un 40 %. Los residuos, obviamente, ya existían en la Edad Media, y algunos eran lo bastante contaminantes como para que las ordenanzas municipales expulsaran a ciertas industrias lejos de las zonas habitadas, pero la cantidad y variedad de subproductos que se obtenían de muchas de aquellas artesanías debía de ser incluso proporcionalmente superior a los índices de reutilización de muchas industrias actuales. No solo el contenido de las letrinas y los pozos ciegos de las casas servía –y a veces hasta era vendido– para abonar los campos, y todas las partes de un animal, desde los cuernos a las tripas o las pezuñas, tenían una utilidad, sino que los restos de tejas o ladrillos rotos entraban en la composición de morteros o tapiales, las vasijas mal cocidas, una vez trituradas, se convertían en desengrasante o el vidrio viejo se fundía para hacer nuevo²⁴. En el caso del metal, hasta las escorias se aprovechaban también para reforzar morteros, y la refundición de metales viejos se ha esgrimido para justificar, por ejemplo, la falta de hallazgos arqueológicos de piezas de bronce, cobre o estaño en el noroeste de la Península Ibérica durante toda la Edad Media²⁵. También cuando el papel se empezó a difundir, sobre todo con la incorporación de las manufacturas de Xàtiva a la corona aragonesa, los trapos en peor estado de muchas casas comenzaron a ser buscados para alimentar las insaciables trituradoras de los molinos papeleros²⁶.

Son pues múltiples los aspectos en los que la economía medieval planteó estrategias de consumo y reutilización que anticipaban claramente los presupuestos de la economía circular. En esa búsqueda de conexiones entre el pasado medieval y nuestro presente posmoderno, el dossier que aquí se presenta trata de explorarlas desde los distintos puntos de vista que ofrecen no solo los muy variados objetos que se reutilizaban o reciclaban, sino también las fuentes y los métodos que emplean para su estudio historiadores especializados en diversas áreas del conocimiento, desde los arqueólogos a los historiadores del arte, pasando por historiadores de la economía, de la sociedad, de la técnica o de la cultura escrita. Se pueden, de esa manera, observar muchos más matices de esa relación material y tangible entre presente y pasado, y plantear

²⁴ Córdoba de la Llave 1998.

²⁵ Gutiérrez, Argüello, Larrazábal 1993; González Castañón 2011.

²⁶ Cortés 2009.

nuevas preguntas que sitúan a este tema de estudio no como algo marginal o anecdótico en el estudio de las sociedades del pasado, sino como una cuestión central, un aspecto clave del funcionamiento de los colectivos medievales.

El dossier que aquí se presenta incluye once artículos de especialistas en distintos sectores o aspectos de ese proceso de reciclado y reutilización de materiales y objetos, provenientes de distintos países. La aportación de Philippe Bernardi es la que se relaciona más directamente con el mundo de la construcción y, a partir de documentos de la región de Provenza, demuestra la importancia de los materiales de derribo que se podían volver a utilizar en los nuevos edificios y que por tanto tenían un valor de mercado. La distinción entre materiales viejos y nuevos era de hecho poco frecuente en los contratos: lo que importaba era su calidad, no su procedencia ni si ese material había formado parte de otras fábricas anteriormente. Solo algunas piezas que debían ser talladas *exprofeso* para un lugar se valoraban más si eran enteramente nuevas. Si no era así, se apreciaba muy positivamente la capacidad del maestro para reaprovechar el material que ya tenía, por lo que las prácticas de la recuperación y el reemplazo eran hábitos profundamente arraigados en la arquitectura medieval, al menos en la de los espacios más cotidianos, en los que la novedad no era una obsesión.

Con los libros la relación era bien diferente, ya que hasta la difusión de la imprenta constituían, de alguna forma, un objeto de lujo, y eran con frecuencia legados en testamento, o su posesión podía llegar a convertirse en motivo de disputa. Aun así, no pocos acababan, como tantos otros bienes, en subasta pública, o se vendían a un tercero antes de la muerte de su propietario. Las bibliotecas, como expone Mari Luz Mandingorra, se “reciclaban” de esa forma, se recomponían dando en su interior un nuevo sentido a cada obra, el que tenía para su nuevo poseedor, en relación con sus intereses y con el nuevo “ecosistema temático” en el que se situaban. Eso a menudo comportaba cambios físicos en el volumen, como un nuevo escudo de armas, que entonces servía como una especie de *exlibris*, e intervenciones como notas o subrayados, pero sobre todo las alteraciones más radicales eran las nuevas encuadernaciones, que a menudo agrupaban diversos textos, y que hoy hacen que algunos libros de esta época reúnan de una forma aparentemente incoherente un tratado médico, un Tesoro de Pobres, un herbario, un lunario, obras de Ramon Llull y de Catón, una miscelánea de oraciones, un lapidario, un libro de gramática, varios textos relacionados con la astronomía y un recetario de cocina, como ocurre en el manuscrito 216 de la Biblioteca Històrica de la Universitat de València²⁷. Los libros además se reparaban y se protegían frente al desgaste,

²⁷ Gimeno, García Femenia 2019.

con la intención de durar lo máximo posible, pero cuando el deterioro era irreversible, ¿qué se hacía con ellos? Francisco Gimeno distingue entre las ocasiones en que lo importante era el contenido, como ocurría por ejemplo con documentos jurídicos que sustentaban derechos, y se debía proceder a la elaboración de copias autenticadas, de aquellos otros en los que el continente era igualmente importante, y para cuya conservación se podía invertir mucho dinero, a veces utilizando también material reciclado, como pergaminos que se convertían en tapas o folios de viejos manuscritos que protegían el contenido. El mismo libro deteriorado podía ser, él mismo, una cantera de materiales para reparar otros volúmenes o para otros objetos diversos, como los productos de la sedería, en los que el papel viejo servía para reforzar la estructura de casullas o escapularios, especialmente en las zonas que iban bordadas. Todo, al fin y al cabo, pasaba por diversas fases de existencia, y ni tan siquiera los receptáculos de la alta cultura se libraban de ello.

Por supuesto, otros bienes más vulgares, como los aperos agrícolas, entraban aún con más motivo en el gran ciclo del reciclaje, en el que estos podían ser reparados, adaptados en todo o en parte a una nueva utilidad o, simplemente, sus partes de metal podían ser fundidas para obtener nuevas piezas. El artículo de Antoni Furió nos lleva en ese sentido a otro ámbito, el rural, que ni mucho menos puede entenderse en la Baja Edad Media de forma aislada frente a la realidad urbana. Las almonedas que él ha estudiado se realizaron mayoritariamente en Valencia, convertida en el centro neurálgico del mercado de lo usado también para los labradores de la Huerta, a donde se solían trasladar las subastas de los bienes de difuntos de pueblos cercanos con la idea de conseguir mejores precios gracias a la mayor competencia entre licitadores. Aunque no era un mercado muy diferenciado socialmente, en el caso de los aperos agrícolas los campesinos solían comprar y los señores vender sus instrumentos usados, fijándose su precio en función del grado de deterioro de los mismos. La vida de los arados, azadas y hoces era sin embargo larga y llena de avatares, normalmente en un descenso constante en la escala social de sus dueños, hasta que el hierro y la madera que los componían eran reciclados para obtener nuevos productos. Junto a ello, los mismos animales formaban parte de ese mercado secundario cuando se ponían a la venta por la muerte del dueño o por su endeudamiento, y a veces se dedicaban a menesteres distintos a aquellos en los que se habían empleado hasta el momento. La sorprendente rapidez del ciclo de vida y trabajo de las bestias de carga y arado, que duraba unos pocos años, era así pues clave en la dinámica económica de las familias campesinas, y en muchos casos también de las urbanas, que debían planificar sus desembolsos en función de la constante renovación de su cabaña animal.

También estudiando el ámbito rural comienza el texto de Concepción Villanueva y Mari Luz Rodrigo, centrado en el reino de Aragón. En ella se

recogen los subproductos de las grandes cosechas, habitualmente ignorados por la historiografía, pero que eran fundamentales para ciertos aspectos de la vida cotidiana de los hombres y mujeres de la Baja Edad Media, como la paja, los hollejos del prensado de las uvas o el estiércol generado por los animales. En los contextos urbanos se seguía la misma lógica, de manera que del rastriado de lino o el cáñamo se obtenían estopas, del tundido de la lana la borra, que rellenaba algunas mantas, o de las matanzas de animales se conseguía sebo para la iluminación. En cuanto a los objetos, estas autoras introducen el concepto de re-manufacturación, y dan noticia de tiendas, por ejemplo de cerámica, en las que junto a las piezas de primera calidad se ponían también a la venta las defectuosas, a precios más bajos. A todo ello se le asigna una cronología precisa, un momento en el que los residuos comenzaron a ser un problema, que aquí se sitúa en los años en torno a 1400, al compás sin duda del crecimiento demográfico y del incremento del consumo tras los primeros embates de la peste. Un momento ese en el que debió de fortalecerse de forma considerable la conciencia de que era necesario mantener los bienes en el circuito de consumo el mayor tiempo posible, aún a costa de sucesivas manipulaciones de los mismos.

Todo ello tiene un paralelismo muy estrecho en el estudio de Ricardo Córdoba de la Llave, especialista en las técnicas artesanales y en los procesos productivos de este período, que parte de la distinción de cuatro conceptos, de cuatro verbos: reemplazar, reutilizar, regenerar y reciclar, con matices significativos que los distinguen en función del grado de transformación que cada objeto experimenta para ampliar su vida útil. La inventiva de nuestros antepasados a la hora de buscar nuevas utilidades en los objetos manufacturados llegó a ser verdaderamente sorprendente, utilizando técnicas como el soldado, el remachado, el grapado o directamente, en el caso de la cerámica, el recorte de los fondos de las ollas para convertirlos en discos circulares para el servicio de mesa. Igualmente los procesos de elaboración de los tejidos generaban desechos recuperables, como la ya mencionada borra o los pezueros –hilos colgantes del comienzo y el final de la trama y la urdimbre–, la estopa del lino o las partes leñosas del cáñamo, por poner solo algunos ejemplos. Como Ricardo Córdoba expone, lo que desechaban unas industrias solían constituir la materia prima para otras, con lo que el mismo concepto de “desecho” perdía buena parte de las connotaciones negativas que hoy le atribuimos. Además, la reutilización tuvo sin duda una vertiente social, ya que lo normal era que las clases que usaban ropas o joyas de materiales reciclados o de inferior calidad fueran las más modestas, las cuales intentaban imitar, en la medida de sus posibilidades, las modas que imponían los potentados.

Eso no quiere decir que los privilegiados no reaprovecharan también, cuando podían, los materiales más caros, como ocurría, y nos lo muestran

Lluís Sales y Carles Vela, con la cera de la catedral de Barcelona. El cine de Hollywood ha creado la ilusión de que los palacios de la nobleza medieval ardían como ascuas por la cantidad de velas que iluminaban sus salones, pero en realidad no era así, ni mucho menos: la cera era un material caro, que se dedicaba casi en exclusividad a las ofrendas y peticiones a Cristo, la Virgen o los santos, en forma de cirios o de exvotos. Por eso la libra de cera se convirtió en medida simbólica de antiguos censos sobre tierras y casas, más cuando, en la Corona de Aragón, su producción era especialmente cara y dependiente de las oscilaciones del mercado, lo que hacía que hasta la importada de Berbería fuera más barata y menos apreciada. Ante eso los canónigos de Barcelona, que veían cómo se consumían en la catedral más de mil kilos de cera anuales, optaron por reciclar y revender la cera quemada o incluso por alquilar grandes cirios para celebraciones puntuales, estrategias que les sirvieron para asegurar un aprovisionamiento fundamental para la liturgia y para la misma imagen de la institución.

Otro colectivo clerical, el de los franciscanos, fue el impulsor en Italia de los Montes de Piedad, comenzando por el de Perugia en 1462 y siguiendo por otras muchas ciudades italianas primero y de toda Europa después. Como explica Maria Giuseppina Muzzarelli, estas instituciones pensadas para conceder créditos blandos portaban en sí mismas la idea de ofrecer una segunda vida, no solo a los objetos que los deudores dejaban allí empeñados, sino literalmente a esos mismos deudores, que recibían de esa manera una nueva –quizá la última– oportunidad para escapar de la miseria y el desclasamiento completo. Claro que esa posibilidad no estaba al alcance de todos, sino solo al de “los menos pobres de los pobres”, y entre estos, de aquellos que conservaban una buena reputación, lo que para el Montepío constituía una cierta garantía de reembolso. El contenido moralizante de estas fundaciones, que en Castilla se llamaban Arcas de Misericordia, es muy evidente, pero también lo es que no todas las prendas se devolvían, y que por tanto los Montes se convertían así en elementos muy activos en el mercado de segunda mano, como lo eran también otras instituciones caritativas, caso por ejemplo de los hospitales, como el de la Santa Creu de Barcelona, que ponía a la venta continuamente objetos de los internos que habían fallecido y de los que llevaba una estricta contabilidad²⁸. Sin duda, el concurso de entidades piadosas debía de ofrecer una pátina extra de respetabilidad a este mercado de ocasión, por el que desfilaban especialmente ropas de hogar y prendas de vestir, los bienes más preciados de las casas de aquellos que estaban al borde del precipicio.

No quiere eso decir que la reventa, sobre todo de elementos textiles, no estuviera especialmente controlada y reconocida. Por toda Europa, como

²⁸ Marcé 2021.

hemos apuntado, los ropavejeros se fueron organizando tempranamente, pero quizá en pocos lugares sus negocios alcanzaron el grado de regulación al que se llegó en Florencia. Ese caso es analizado por Alessia Meneghin que, a partir de varios registros del *Arte dei Rigattieri* florentino, observa cómo esta corporación ejerció la misma función que hoy llevan a cabo las grandes plataformas del mercado de segunda mano, minimizando los remanentes de mercancía, monopolizando la fijación de los precios y vigilando el mercado para evitar fraudes y garantizar la seguridad de los intercambios. Se fortaleció así un gremio cuya razón de ser, en palabras de Meneghin, *era usar las necesidades de los otros como estímulo para la creación de sus propias oportunidades de negocio*. De alguna forma, los ropavejeros ejercían un “estudio de mercado” a partir del análisis de las demandas, en el que su conocimiento de las modas y de los gustos cambiantes de sus potenciales clientes era fundamental.

La capacidad de esos ropavejeros de intervenir activamente en la transformación de las prendas con las que negociaban fue uno de los principales puntos de fricción entre ellos y los especialistas del mercado de lo nuevo, los sastres, casi en cualquier ciudad del Occidente medieval²⁹. En Sevilla concretamente el oficio de los *aljabibes* o ropavejeros acabó, ya en el siglo XVI, integrando un mismo gremio con el de los *roperos* o fabricantes de prendas nuevas, como expone José Damián González Arce, y los alcaldes y visitadores de la corporación se arrogaron el derecho de entrar incluso en las casas y los talleres para inspeccionar las prendas. La principal preocupación era que no se hicieran pasar ropas viejas por nuevas, así como vigilar que no se negociara con mercancía robada. Sin embargo, algunos de los oficios relacionados con la actualización de prendas trataban también de sustraerse del control gremial, como los zapateros remendones, artesanos no examinados que reparaban calzado y sobre todo suelas. Al fin y al cabo, la ordenación del mercado de ocasión no solo concernía a las profesiones implicadas en él, sino que el volumen que este llegó a alcanzar despertó el interés fiscal de las ciudades y la misma corona, creándose alcabalas diferenciadas que gravaban estos negocios, como la de los *aljabibes*, que a finales del siglo XV se arrendaba en Sevilla por más de cien mil maravedíes al año.

Por último, y también relacionado con la reventa de ropa usada, el artículo del que esto suscribe intenta seguir el itinerario de algunas ropas en su paso de un propietario al siguiente. Se trata de determinar así hasta qué punto las prendas de segunda mano abrían el camino a la difusión de nuevas modas en un proceso de “goteo” de las mismas desde los estratos superiores de la sociedad a los más modestos y, si esto era así, cómo sucedía, con qué retraso

²⁹ García Marsilla 2016, pp. 356-357.

llegaban esas prendas a sus nuevos propietarios, y hasta qué punto la actuación de los ropavejeros servía para amortiguar ese desfase y permitir a los nuevos usuarios de esas ropas parecer al menos que eran capaces de seguir las últimas tendencias. Tales estrategias de consumo, que variaban de subasta en subasta, se estudian aquí a partir de algunos casos significativos en los que es posible demostrar, una vez más, que estas transferencias de mercancías usadas no afectaban únicamente a los sectores más desfavorecidos, sino que a menudo se producían en el seno de las elites, o de personas muy cercanas a ellas, diferenciándose así distintos niveles de cercanía a las novedades indumentarias.

Con todas estas aportaciones se ha pretendido ofrecer una panorámica amplia de una cuestión actual y candente, buceando en los orígenes medievales de esas mismas dinámicas, encuadrando la problemática en un marco europeo y proyectando una visión social de la economía y la antropología del reciclado. No se trata, desde luego, de buscar soluciones a problemas actuales a partir de viejas recetas de un pasado remoto, sino de ofrecer elementos para la reflexión sobre cómo se debe gestionar la relación entre los seres humanos y los objetos que producimos y consumimos, y el impacto que todo ello ocasiona en el medio que nos rodea. Son muchas las preguntas que restan por resolver, e incluso por plantearse, sobre un tema que hasta ahora apenas se ha asomado de forma circunstancial a las preocupaciones del medievalismo, pero ya comenzamos a tener claro que aquella, llamémosla así, “economía circular”, era mucho más importante en las sociedades feudales avanzadas de lo que se podría haber intuido a priori, y que como tal merece ser estudiada y comprendida.

JUAN VICENTE GARCÍA MARSILLA

Universitat de València

<https://orcid.org/0000-0002-5071-6491>

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Allerston, Patricia (1996), *The market in second-hand clothes and furnishings in Venice, c. 1500-c. 1650*, Florencia, European University Institute.
- Appadurai, Arjun (1986), *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Arciniega García, Luis (2013), *Miradas curiosas, temerosas e intencionadas al pasado en la Valencia de la Edad Moderna*, en Arciniega García, Luis (ed.), *Memoria y significado: uso y recepción de los vestigios del pasado*, Valencia, PUV, pp. 61-93.

- Bernard, Jean-François; Bernardi, Philippe; Esposito, Daniela (eds.) (2008), *Reimpiego in architettura. Recupero, trasformazione, uso*, Roma, École Française de Rome.
- Boulding, Kenneth Ewart (1966), *The economics of the coming spaceship earth*, en Jarrett, Henry (ed.), *Environmental quality in a growing economy. Resources for the Future*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-14.
- Castaño, Javier (2007), *Crédito caritativo en la Castilla de mediados del siglo XV: los estatutos de las “Arcas de la Misericordia” y la “usura” judía*, en Avallone, Paola (ed.), *Prestare ai Poveri. Il credito su pegno e il Monte di Pietà in area Mediterranea (secoli XV-XIX)*, Nápoles, Consiglio Nazionale delle Ricerche, pp. 101-142.
- Córdoba de la Llave, Ricardo (1998), *Eliminación y reciclaje de residuos urbanos en la Castilla bajomedieval*, “Acta historica et archaeologica mediaevalia” 19, pp. 145-170.
- Cortés, Josepa (2009), *El papel y la encuadernación mudéjar: dos aportaciones de la civilización árabe*, en Benítez, Rafael; García Marsilla, Juan Vicente (coords.), *Entre tierra y fe: los musulmanes en el reino cristiano de Valencia (1238-1609)*, Valencia, PUV, pp. 285-300.
- Corvellec, Hervé; Stowell, Alison F.; Johansson, Nils (2021), *Critiques of the circular economy*, “Journal of Industrial Ecology” 26, pp. 421-432, DOI: 10.1111/jiec.13187.
- Davis, James (2010), *Marketing second-hand goods in late medieval England*, “Journal of Historical Research in Marketing” 2/3, pp. 270-286.
- Deceulaer, Harald (2008), *Second-hand dealers in the Early Modern Low Countries: Institutions, markets and practices*, en Fontaine, Laurence (ed.), *Alternative Exchanges. Second-Hand Circulations from the Sixteenth Century to the Present*, Nueva York, Berghahn Books, pp. 13-42.
- Faus Faus, Miquel (2019), *Altres treballs i altres treballadors: els ferrovellers en la València medieval*, “Mirabilia/MedTrans” 10/25, pp. 1-14.
- Fontaine, Laurence (ed.) (2008), *Alternative Exchanges. Second-Hand Circulations from the Sixteenth Century to the Present*, Nueva York, Berghahn Books.
- Franklin, Adrian (2011), *The ethics of second-hand consumption*, en Lewis, Tania; Potter, Emily (eds.), *Ethical Consumption. A Critical Introduction*, Londres, Routledge, pp. 156-168.
- García Marsilla, Juan Vicente (2012), *Empeñando la vida. Los préstamos con prenda mueble en la Valencia medieval*, en Carboni, Mauro; Muzza-relli, Maria Giuseppina (coords.), *In Pegno. Oggetti in transito tra valore d'uso e valore di scambio (secoli XIII-XX)*, Bolonia, Il Mulino, pp. 133-168.

- García Marsilla, Juan Vicente (2016), *Expertos de lo usado: pellers, ferrovellers y corredors de coll en la Valencia medieval*, en Feller, Laurent; Rodríguez, Ana (eds.), *Expertise et valeur des choses au Moyen Âge II. Savoir, écritures, pratiques*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 343-358.
- García Marsilla, Juan Vicente; Navarro Espinach, Germán; Vela Aulesa, Carles (2015), *Pledges and Auctions: the Second-Hand Market in the Late Medieval Crown of Aragon*, en *Il Commercio al Minuto. Domanda e offerta tra economia formale e informale. Secc. XIII-XVIII*, Florencia, Firenze University Press, pp. 295-318.
- Gimeno Blay, Francisco M.; Garcia Femenia, Alfredo (eds.) (2019), *El Llibre de Sent Sovi. Manuscrit 216 de la Biblioteca Història de la Universitat de València*, Valencia, PUV.
- Gómez Galán, José (2017), *El mudéjar como estilo artístico: una valoración historiográfica*, “Mirabilia/MedTrans” 5, pp. 88-122.
- González Castañón, María (2011), *El metal en la edad media: tecnologías y usos*, “Estrat Crític: Revista d’Arqueologia” 5/2, pp. 355-363.
- Guiot, Denise; Roux, Dominique (2010), *A Second-Hand Shoppers’ Motivation Scale: Antecedents, Consequences, and Implications for Retailers*, “Journal of Retailing” 86/4, pp. 383-399.
- Guitérrez González, José Avelino; Argüello Menéndez, José Jorge; Larrazábal Galarza, Javier (1993), *Minería y metalurgia en torno a la Cordillera Cantábrica. Primeras evidencias arqueológicas y propuestas de estudio*, en *IV Congreso de Arqueología Medieval Española. Sociedades en transición. Alicante. 4-9 de octubre 1993*, vol. III, Alicante, Diputación Provincial de Alicante, pp. 905-919.
- Haskell, Francis (1989), *Pasado y presente en el arte y en el gusto*, Madrid, Alianza.
- Kinney, Dale (2006), *The Concept of Spolia*, en Rudolph, Conrad (ed.), *A Companion to Medieval Art*, Oxford, Blackwell, pp. 233-252.
- Marcé Sánchez, Jaume (2021), *The Participation of the Hospital of the Holy Cross in the Second-Hand Market through the Notarial Documentation (Barcelona, 1422-1458)*, “RiMe. Rivista dell’Istituto di Storia dell’Europa Mediterranea” 9/1, pp. 207-247.
- Martínez Vinat, Juan (2018), *Cofradías y oficios. Entre la acción confraternal y la organización corporativa en la Valencia medieval (1238-1516)*, Valencia, Universitat de València (tesis doctoral).
- Meneghin, Alessia (2015), *The Trade of Second-Hand Clothing in Fifteenth-Century Florence. Organisation, Conflicts and Trends*, en *Il Commercio al Minuto. Domanda e offerta tra economia formale e informale. Secc. XIII-XVIII*, Florencia, Firenze University Press, pp. 319-336.

- Meneghin, Alessia (2020), *The Social Fabric of Fifteenth-Century Florence. Identities and Change in the World of Second-Hand Dealers*, Nueva York - Londres, Routledge.
- Muzzarelli, Maria Giuseppina (2001), *Il denaro e la salvezza. L'invenzione del Monte di pietà*, Bologna, Il Mulino.
- Pearce, David W.; Turner, Kerry (1989), *Economics of Natural Resources and the Environment*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Ruiz Souza, Juan Carlos (2009), *Le "style mudéjar" en architecture cent cinquante ans après*, "Perspective: la revue de l'INHA" 2, pp. 277-286.
- Schiffer, Michael B. (1972), *Archaeological Context and Systemic Context*, "American Antiquity" 37/ 2, pp. 156-165.
- Serra Desfilis, Amadeo (2013), *A brave new kingdom: images from the sea and in the coastal sanctuaries of Valencia (XIII-XV centuries)*, en Bacci, Michele; Rhode, Martin (eds.), *The Holy Portolano, the Sacred Geography of Navigation in the Middle Ages. Fribourg Colloquium 2013*, Friburgo, Scrinium Friburgense, pp. 283-306.
- Shalem, Avinoam (1995), *From Royal Caskets to Relic Containers: Two Ivory Caskets from Burgos and Madrid*, "Muqarnas" 12, pp. 24-38.
- Shalem, Avinoam (1998), *Islamic Christianized. Islamic Portable Objects in the Medieval Church Treasuries of the Latin West*, Frankfurt, Peter Lang (2.^a edición).
- Smail, Daniel Lord (2016), *Mesurer la valeur à Marseille et à Lucques à la fin du Moyen Âge*, en Feller, Laurent; Rodríguez, Ana (eds.), *Expertise et valeur des choses au Moyen Âge II. Savoir, écritures, pratiques*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 295-314.
- Smail, Daniel L.; Pizzorno, Gabriel H.; Hay, Nathaniel (2019), *Recyclage et l'ontologie de l'objet dans les textes du bas Moyen Âge: l'exemple de Marseille*, en Henigfeld, Yves; Husi, Philippe; Ravoire, Favienne (eds.), *L'objet au Moyen Âge et à l'époque moderne: fabriquer, échanger, consommer et recycler*, Caen, Presses Universitaires de Caen, pp. 393-401.
- Staples, Kate Kelsey (2015), *The Significance of the Second-Hand Trade in Europe, 1200-1600*, "History Compass" 13, pp. 297-309.
- Steffen, Adrienne (2019), *Second-hand consumption as a lifestyle choice*, en Bala, Christian; Schuldzinski, Wolfgang (eds.), *Food Retailing and Distribution*, Berlín, Verbraucherzentrale Editors, pp. 205-228.
- Todeschini, Giacomo (2018), *Jewish Usurers, Blood Libel, and the Second-Hand Economy. The Medieval Origins of a Stereotype (from the Thirteenth to the Fifteenth Century)*, en Adams, Jonathan; Heß, Cordelia (eds.), *The Medieval Roots of Antisemitism. Continuities and Discontinuities from the Middle Ages to the Present Day*, Nueva York - Londres, Routledge, pp. 341-351.

- Van Damme, Ilja; Vermoesen, Reinoud (2009), *Second-hand consumption as a way of life: public auctions in the surroundings of Alost in the late eighteenth century*, "Continuity & Change" 24/2, pp. 275-305.
- Vela i Aulesa, Carles (2015), *Llarga vida a tot. El mercat de vell a Barcelona a la Baixa Edat Mitjana*, en Puig i Amat, Neus; Viader i Crous, Montse (eds.), *La vida quotidiana a l'Edat Mitjana. Actes del IV Seminari d'Estudis Medievals d'Hostalric*, Hostalric, Ajuntament d'Hostalric, pp. 33-54.
- Welch, Evelyn (2006), *From Retail to Resale: Artistic Value and the Second-Hand Market in Italy (1400-1550)*, en Fantoni, Marcello; Matthew, Louisa C.; Matthews-Grieco, Sara F. (eds.), *The Art Market in Italy, 15th-17th Centuries / Il Mercato d'Arte in Italia, Secc. XV-XVII*, Ferrara, Panini - Istituto di Studi Rinascimentali di Ferrara, pp. 283-299.